



Trece Años Antes.
Constanza, Torres

El cura Torres entró en la habitación de la niña Constanza, sin haber siquiera preguntado a la puerta. Sin pensar en los fugaces riesgos de decidir entrar, de trazo que sus atrevidas composuras habían terminado de trillar la semana anterior. Uno de ellos acusó a infelices asistidos para pagar la renta y devolver los adelantos que habían recibido a cuenta de la cochera. Los otros dos, ya se veía... Entre distraidamente, haciendo listas mentales de las preocupaciones accesorias para asegurar los pagos. Venía un poco a desgana, y preparado para escuchar una confesión infantil y quizá triste. Nada dentro podía venir de una niña huérfana, dulce y obediente. Creyó que un gesto sereno y la repulsa por no haberse acercado a su confesar en varias semanas. No era bueno que una señorita estuviera tanto tiempo sin recibir el sacramento esencial para la salud del alma. Si no recordaba mal, ella no se había reconciliado con el Señor desde el día en que entraron a su madre.

Cuando abandonó la habitación, se le habían olvidado completamente las dudas de los campesinos. Revisó rápidamente con la mirada el largo corredor en que se hallaba y las seis puertas que tenía a cada lado. Todo venturosamente desierto. A paso muy rápido, salió del corredor, cruzó por el medio del patio de entrada y llegó hasta el saguán, donde alcanzó a vislumbrar, con el rubor del ojo, la gigantesca figura del negro portero, inmóvil, que lo miraba pasar sin atreverse a decirle la palabra. Recorrió al llegar a la respuesta, la vista de una familia que salía de la iglesia de La Cruzpública luego sacado de sí mismo. Se vio reflejado en las ojos de los demás. Reconoció empobrecimiento su actitud, levantó la cabeza, echó hacia atrás los hombros y rió sus habituales paños mentados y dignos, los propios de un sacerdote, capellán y administrador de la señora marquesa. Debolando la esquina, mostraba ya su señorío de siempre.

Pero tenía los afectos profundamente desolados. Había leído de la marquesa, con poco decoro. No quería hablar con ella, y sabía perfectamente que era por culpa moral. Le había fallado y no quería embarratar antes de recuperar su ánimo de siempre, tranquilo, adorado a su dignidad de sacerdote, administrador y papa espiritual. Por el momento, no conseguía siquiera controlar su pensamiento, que había tomado una desesperante autonomía y no cesaba de repetirle antiguas frases de ella: "Díad, Torres, ve las intenciones más melancólicas de todos los seres", "Elegir al padre Torres? Sólo a un tonto se le ocurre". "Néces quien despierta conciencia como el los diácos". Ese era el primer problema. Un escalofrío de vergüenza le hacía encoger los hombros cuando pensaba en su figura de director espiritual después de la confesión de Constanza. No había sido capaz de ver los riesgos en que vivía la juventud. No habría sentido a confesión con la frecuencia necesaria, no tenía disciplina imaginable.

El problema de cómo hacerle saber a la marquesa lo que estaba pasando, había encontrado solución antes de salir de la habitación de Constanza. La solución era redundante, cobardes, pero también muy sabia. No quería ser el quien le soltara la terrible noticia a la señora. Tampoco podía, aunque hubiera querido. El secreto de la confesión lo obligaba. Y se alegraba mucho de tener sellada la boca. La fama olisqueaba fácilmente el corazón de la marquesa. No le duraba mucho, afortunadamente para ella y para los demás, porque los ataques eran peligrosos. Cuando se le pusieron, necesitaba frenos de infuñones de melina para frenar las palpitaciones, los dolores de cabeza y las angustias y visagras que le dejaba el furor. Y cada vez le confundía al cura Torres muy contra haber dicho heréticos y haber tenido deseos fríos de dudar alucinadamente a quien se le pusiera por delante. Todos tenían que algo se le reventara por dentro a la anciana cuando le venían los furios. Y ahora iba sin duda a desmoronarse machadito. Era muy vieja, era muy virgen y no le gustaba ni

Desde este lunes circulará en librerías «La ley del gallinero», novela de Jorge Guzmán publicada en la colección «Biblioteca Transversal» de Editorial Sudamericana y cuyo protagonista es Diego Portales.



siquiera recordar que la peste decréta llevaba un cuerpo desatado bajo las ropas. Mucho menos las mujeres de su familia. Los pobres sí que lo tenían, y en exceso, asquerosamente.

Pero todo lo cual, lo olvidaba no tener que decirle a doña Antonia Jofré de Aría y Martín de Pineda Arguedas y Perilla, Marquesa de Bulia Hermosa, que su sobrina biénita tenía entre las piernas lo mismo que tenían las demás mujeres y servía para lo mismo. Por un decimo de eso, se había visto a la vieja andar sirvientes, insultar funcionarios, volcar bandejas, boquear de rabia. Terminado el inevitable ataque de alergia, si sobrevivía, no contaría nada acerca de cómo en razón. No era tanta la marquesa, y había visto todo lo visible en sus muchos años. Entendería que el caso de su sobrina adorada no era de esos de rasgar vestiduras y agitar el cielo con las manos. Era facilísimo convertirlo en boda, celebración y negocio. Ella sabía como todo el mundo que en la Capital y en el Puerto y en la Frontera, a cada rato pasaba lo mismo. Y no contaría nada acerca de la inocencia de Constanza como la principal razón de su poder.

Pero la primera furia era inevitable, iba a ser herética y podía matar a la anciana. Fuertes razones para estar lo más ausente posible cuando estallara. El pecado era de Constanza. Por lo tanto, que aflorara solita los efectos pargativos desde el principio. Que diera cara al furor de la tía y corriera el riesgo de ocasionarle el repencio final. Le mandó, pues, que dentro de las veinticuatro horas le dijera a la marquesa su secreto, y le negó la absolución hasta que lo hiciera.

Entretanto, él viajaría a la Hacienda Las Palmas, a ver cómo iban los problemas de los campesinos arrendatarios. A su regreso, habría asesinado la cordera de la marquesa, él habría recibido su serafico sacralidad de siempre, y ella sería otra vez la hija espiritual ansiosa de someterse a la potestad de su confesor, abusando de arrepentimiento por los barbaridades que le había dicho y le habría leído a la pobre muchacha. Humildemente se dejaría entonces narrar los dos casos que le tenía preparados. Casos de pacientes de la marquesa, los dos. Ambos habían empezado por hacer llorar a gritos a la madre de la preñada. Y, sin embargo, las correspondientes bodas aún

se celebraban en la Capital por alegres, santas y distinguidas. El caso de Constanza no era grave. No había impedimento alguno para que el novato cumpliera su promesa matrimonial. No tenía gran fortuna, cierto, pero todos lo consideraban un buenado comerciante. Y sobre su incipiente fama de herético, mejor no hablar. No convenía dar oídos a maldecidos. ¿No vendría de la envidia tanto hablar sobre el joven, justo ahora, cuando tanta gente alababa su talento, su ingenio, su capacidad de trabajo, ahora que empezaba a hacerse admitir en la Capital y también en Puerto Parícuti?

Apenas llegado a su casa, el cura Torres mandó preparar su báculo y acompañado de uno de sus inquilinos como portador y de las perras de ambos, abandonó la ciudad con destino a la hacienda.

A pesar de los burgueses del báculo y del decoro de su pensamiento, se quedó dormido cuando recién había salido de la ciudad, y al despertar, hasta le pareció haber soñado repetidamente — algo agradable y confuso que no logró recuperar al abrir los ojos y ver que habían pasado ya el Parador de la Laguna y campaban a marchar por el camino arenoso que llegaba hasta el parador siguiente, el de La Cruz. Decidió que allí pasaría la noche. Se sentía descomulgado por el sueño, pero con el ánimo enteramente tranquilo y triste. Seguía sintiendo el dolo de su imagen en la estimación de la marquesa.

Además, le había dejado un desasosiego más personal la confesión de la niña. No podía librarse de las imágenes de la realidad. Ahora, mientras pasaba a un lado el familiar paisaje del camino de la costa, le parecía más raro la confesión de la muchacha. Recorrió en su equipaje de mano una casaca con alfileres de las Clarisas y sacó una. En primer lugar, la niña no estaba avergonzada por su embarazo. Genua se la veía. Lo cual, mientras sobrevivía su alfiler y destrubaba el rodar suave de los rielos sobre la arena, según produciéndole mucho enojo al director espiritual. Una jovencita de quince años debería haber mostrado alguna convicción, algún compungimiento. Otra cosa parecía desvergüenza y desamor, y amantaba contagio. Se lo dijo,

y muy asperamente. Pero ella estaba más allá de su alcance, y eso le había resultado muy violento. Le costó no golpearla cuando la oyó recordarle, sin insolencia, sin siquiera dejar de sonreír, que Dios mandó a los hombres que se amaran y se multiplicaran.

—Pero no cuando les da la gana y en cualquier parte y sin la bendición de la Iglesia ni el consentimiento de sus padres —respondió él, tratando de no gritar. —Eso es lo que hacen los animales.

—Padre, ¿no es verdad que el sacramento del matrimonio lo administran los contrayentes? —preguntó ella, siempre dulce.

—¿En dónde sacaste eso? ¿Ese te lo dijo? ¿Adónde lo escuchó? ¿Le estás diciendo eso gravísimo? ¿Gravísimo? El Concilio de Trento dictaminó sobre eso. ¿Eso gravísimo? —Eh me lo dijo, padre, pero hace tiempo. El no me convenció. Yo lo convencí a él.

Al borde de abofetear a la niña y abrumarla con todo el peso de la Iglesia, pensó en la importancia social y económica de doña Jofré. Él tenía poder subordinado para hacer en cultura y esta monarca entusiasta por la penitencia del alma. Pero el contagio sería entonces más bien para la familia, agobiada por el escándalo social, y también para el confesor. Un contagio religioso en casa de la marquesa no le serviría a nadie para nada. Más bien demostraría un poco la ciudad entera.

También usaba Torres, mientras oía a la niña, cómo sería su propia vida si la anciana le quitaba la administración de sus bienes. Los desplantes de la muchacha no tenían tanta importancia, al fin y al cabo. Ni siquiera con tales desplantes. Era más bien el error miserable de la extrema juventud, y más monarca piedad, consejos severos, penitencias calladas, que contagios públicos. En estas tierras indianas donde las muchachas se hacían mujeres a los diez o los once años, no era tan extraña una preñez temprana.

—Quiero que me cuentes todo lo que ha pasado entre ustedes —mandó el cura, refinando su ira.



Contundente novela histórica [artículo].

Libros y documentos

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Contundente novela histórica [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile